

El choque de civilizaciones: ¿un escenario realista?

Ingmar Karlsson

En un artículo titulado “El choque de civilizaciones” que llamó considerablemente la atención cuando apareció en *Foreign Affairs* el año pasado, Samuel Huntington, profesor de Ciencia Política en la Universidad de Harvard, sostenía que el proceso político global está entrando en una nueva era. Su hipótesis principal es que la próxima fase de la historia será el conflicto entre las diferentes esferas culturales y que si hay otra guerra mundial, ésta será librada entre civilizaciones y no entre ideologías políticas o Estados.

Según Huntington, durante el siglo y medio que siguió a la Paz de Westfalia en 1648 y al nacimiento del sistema internacional moderno, los conflictos eran en su mayor parte entre príncipes –emperadores, monarcas absolutos y monarcas constitucionales– que trataban de extender la influencia de sus burocracias, sus ejércitos, su fortaleza económica mercantilista y, lo más importante, el territorio que gobernaban. En ese proceso, crearon el Estado nacional.

A partir de la Revolución Francesa, los conflictos fueron principalmente entre naciones y pueblos, y no entre príncipes, según Huntington. Este modelo del siglo XIX duró hasta el final de la Primera Guerra mundial. En ese momento, como consecuencia de la revolución rusa y de la reacción contra ella, el conflicto de las naciones cedió el paso al conflicto de las ideologías, primero entre el comunismo, el fascismo-nazismo y la democracia liberal, y después entre la democracia y el comunismo.

Tras el final de la guerra fría, la fase occidental de la política internacional está tocando su fin y la atención se está volviendo hacia la interacción entre, por una parte, Occidente y las civilizaciones no occidentales y, por otra, todas las civilizaciones no occidentales. Los pueblos y los gobiernos de las civilizaciones no occidentales ya no son objeto del colonialismo occidental, sino que se están uniendo a Occidente como motores y diseñadores de la historia.

Según Huntington, el choque de civilizaciones ocurrirá en dos niveles diferentes. En el “micronivel” varios grupos vecinos están en estado de con-

Ingmar Karlsson es director de Planificación Política (IAG) en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Suecia.

flicto, a menudo violento, a lo largo de “fallas” culturales, y luchan para controlar un territorio y controlarse uno a otro. En el “macronivel” los Estados con distintos lazos culturales se están disputando el dominio militar y político respectivo, el control sobre organismos internacionales y el poder sobre terceros.

El razonamiento de Huntington es sugerente y puede parecer verosímil a primera vista, pero contiene una serie de puntos débiles. Huntington divide el mundo en “siete u ocho civilizaciones principales”: occidental, que incluye Europa occidental y Norteamérica, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslavo-ortodoxa, latinoamericana y posiblemente la civilización africana.

La lista de Huntington es bastante extraña. Algunas civilizaciones están definidas según criterios religiosos y culturales, mientras que en otros casos el factor clave es el geográfico. ¿Qué es lo que distingue la civilización latinoamericana de la occidental? Tanto América del Norte como del Sur están habitadas por inmigrantes europeos que tienen los valores que se llevaron consigo en un principio y que han mantenido desde entonces. Si bien es verdad que el elemento indio es mucho mayor en determinados países latinoamericanos (México, Guatemala, Perú y Ecuador) de lo que es en Estados Unidos, también es cierto que Chile, Argentina y Costa Rica son más europeos que EE UU que, de todos modos, se está hispanizando cada vez más. Asimismo, el factor africano es también más fuerte que en la mayoría de los Estados latinoamericanos, a excepción de Cuba y Brasil. México, con sus vinculaciones indias, se está volviendo hacia el Norte y, a través del TLC, está intentado unirse a las civilizaciones occidentales, por utilizar la clasificación de Huntington. En realidad, se pueden considerar civilizaciones occidentales tanto a América del Norte como del Sur, aunque varíen otros elementos culturales.

Huntington traza líneas rectas en el mapa, donde se supone que empieza una civilización y termina otra.

El mito del islam

Destaca el hecho de que la esfera cultural islámica tiene sus subdivisiones árabe, turca y malaya, aunque por alguna razón no tiene en cuenta el importante contingente islámico de África y no indica las notables diferencias que existen entre un islam fuertemente impregnado de la cultura local y el budismo en el archipiélago indonesio; un islam influenciado por el animismo en África occidental y un islam en el corazón de Arabia. Huntington también ignora el hecho de que el concepto de la unidad islámica prácticamente no existía hace cuarenta años. El mundo islámico se ha dividido desde la muerte del Cuarto Califa en el año 661, no sólo entre suníes y chiítas, sino también entre otros grupos. Por tanto, el islam es un magma, un depósito que contiene conceptos e ideas totalmente dispares, que van desde las doctrinas de salvación utópico-nostálgicas a una identidad cultural secularizada. El islam, con “I” mayúscula, simple-

mente no existe en términos religiosos y de ninguna manera en un contexto político.

No obstante, Huntington evoca la imagen de una “Internacional Islámica”. Pero como ocurrió con la Internacional Comunista en su día, se ha demostrado que es imposible construir una organización de este tipo, que trata de ejercer su autoridad aplicando una clara estrategia de control. En cambio, han prevalecido los intereses de los Estados individuales. Siempre se ha considerado la revolución iraní como una amenaza, no sólo en Irak sino también en los conservadores Estados árabes. Había que implantar una Internacional Suní para detener el fuego ideológico que se propagaba desde Irán, pero, a pesar de sus recursos petrolíferos, las monarquías suníes no obtuvieron mejores resultados que los ayatolás en el establecimiento de un nuevo orden político religioso.

Los intereses nacionales dominan también otras organizaciones islámicas. Actualmente existen varias reivindicaciones competitivas por el liderazgo; por ejemplo, la Hermandad Musulmana en Egipto, Jama'at Islami en Pakistán y la Liga Islámica en Arabia Saudí. El único denominador común es un deseo general y difuso para “reislamizar” la sociedad, más que una ideología político-religiosa consistente. Estas organizaciones se basan en una red de relaciones personales y personalidades fuertes, que se caracterizan no sólo por constantes conflictos mutuos, sino también por las frecuentes descomposiciones de la estructura, como consecuencia de controversias intergubernamentales. En esas situaciones, los grupos islámicos suelen terminar apoyando a su propio Estado.

Por tanto, el islam también se ha “nacionalizado” y, al igual que todos los principales Estados árabes constituyeron sus propias organizaciones palestinas en un intento de controlar el nacionalismo palestino, hoy podemos ver que el objetivo principal de las diversas organizaciones islámicas es propagar el chiísmo, el wahabismo, etcétera, de acuerdo con los intereses nacionales del país promotor. Así, por ejemplo, Arabia Saudí ha financiado todas las organizaciones suníes de Afganistán, incluso el grupo radical Hizbi Islami, con la condición de que fueran hostiles a Irán. Asimismo, el régimen del Frente de Liberación Nacional (FLN) en Argelia apoya a los fundamentalistas tunecinos de An-Nahda, mientras que intenta aplastar la organización islámica (FIS) de su propio país, la cual, a su vez, ha sido capaz de mantenerse gracias al apoyo, tanto abierto como secreto, de Túnez.

Hoy en día también podemos ver ejemplos de la “nacionalización” del islam en la desintegración de la Unión Soviética, en la que los grupos islámicos se organizan dentro de la estructura de nuevos Estados nacionales, y no en forma de una Internacional Islámica Centroasiática. Los tajiks y los kazakos se han liberado del ámbito de influencia del muftí de Tashkent creado por Stalin, ya que se consideraba que había estado dominado por intereses uzbekos. El ámbito del anterior muftí para la región del Cáucaso se ha dividido en cinco unidades, y el reciente Partido de Renacimiento Islámico, fundado en 1990, ha demostrado ser incapaz de representar a todos los musulmanes centroasiáticos y se ha disgregado en fracciones nacionales.

También han fracasado los intentos de secularizar el concepto religioso

de lo que constituye una nación. Las tentativas de establecer algún tipo de unión han sido infructuosas, y el resultado ha sido la vuelta a las estructuras estatales existentes. Egipto todavía se denomina a sí mismo República Árabe Unida, pero las estructuras estatales egipcias han demostrado ser resistentes. Las negociaciones que siguen a cada crisis siempre están basadas en el concepto del Estado, ya que los Estados han demostrado persistentemente su capacidad de sobrevivir a todas las crisis ideológicas panárabigas o panislámicas.

Las especiales características y la identidad egipcias son mucho más antiguas que el islam, lo que constituyó una de las razones por las que Sadat pudo romper con la supuesta comunidad árabe-islámica y reconocer a Israel. Asimismo, Turquía no va a dar la espalda al laicismo para alinearse con Asia central en vez de con Europa, a no ser que Occidente oblige a los turcos á escoger esa alternativa. Ankara mira hacia París, Francfort y Bonn, no a Ashjabad y Alma Ata.

Por tanto, ya desde un principio están trazadas las fronteras para el fundamentalismo islámico. No existe correlación alguna entre las decisiones estratégicas tomadas por los Estados y la oposición cultural nacional. Los ataques al cristianismo constituyen un distintivo especialmente destacado de Arabia Saudí, el principal aliado de Estados Unidos, que ni siquiera permite la existencia de iglesias cristianas en su territorio. Por otro lado, en Siria se permite actuar libremente a innumerables comunidades cristianas.

En consecuencia, el islam es un fenómeno de la sociedad, más que un elemento estratégico de la geopolítica. Sin duda, las diferencias entre el Norte y el Sur pueden alimentar una sensación de insatisfacción que dé lugar a un islam con matices, pero la revolución mundial islámica, de la que tanto se ha hablado y escrito, es un tema del pasado.

Huntington está dispuesto, incluso, a acercar su postura a la de Sadam Husein al definir la Guerra del Golfo como “guerra entre civilizaciones”. En realidad, ningún otro conflicto ha demostrado tan claramente cómo los intereses de los Estados prevalecen sobre la esfera religiosa. Sadam no justificó su ataque a Kuwait con criterios religiosos hasta después del suceso, y fue expulsado por una coalición que incluía a Arabia Saudí, Turquía, Egipto y Siria, así como fuerzas norteamericanas, francesas y británicas. La familia real saudí incluso consiguió movilizar a las autoridades islámicas para que proclamasen en una “fatwa”, que el hecho de que los soldados paganos norteamericanos estuvieran defendiendo La Meca, no contradecía las enseñanzas del Corán. Irán esperó el momento oportuno y, a pesar de toda su retórica antinorteamericana, no tuvo reparos en ver al “Gran Satán” al servicio de los ayatolás.

El fracaso en resolver el problema palestino ha constituido el pegamento que ha mantenido unido al mundo musulmán, especialmente a sus miembros árabes. Pero si el proceso de paz sigue adelante, el pegamento se disolverá y el interés se volverá cada vez más hacia una serie de disputas interárabes. Los Estados árabes no podrán continuar echando la culpa de sus fracasos a Israel y al sionismo y sus teorías de conspiración perderán toda credibilidad. No seguirá siendo posible presentar la cuestión palestina

como un complot cristiano-judío y numerosos regímenes del mundo árabe se enfrentarán a una mayor presión en el ámbito interno. De hecho, el acuerdo de Gaza-Jericó quizás demuestre que un conflicto entre civilizaciones puede tener solución. Huntington no atribuye ninguna categoría distintiva al judaísmo y a la condición judaica. En su ensayo, describe Israel como “creado por Occidente”.

El mundo confuciano

¿Dónde podemos encontrar el mundo confuciano al que Huntington se refiere? Las relaciones entre China y Vietnam no se han caracterizado, ni nunca lo harán, por un sentimiento de afinidad confucionista. A pesar de una herencia común, las dos naciones han sido enemigas tradicionales. Los recelos de Vietnam sobre las intenciones de China están fuertemente enraizados, independientemente del sistema político que esté en el poder en Pekín o Hanoi. Asimismo, los chinos tienen una opinión muy fuerte de que Vietnam es un área predestinada a ser subordinada de China. Como consecuencia, las relaciones entre China y Vietnam continuarán estando presididas por la rivalidad entre una gran potencia y su pequeño vecino, que no sólo está tratando de asegurar su independencia, sino que quiere también desempeñar un papel a nivel regional.

Las esperanzas de Pekín de que el énfasis en una herencia confucionista facilitaría la reunificación con Taiwán, no se han llegado a materializar. En Taipeí se han tratado con desprecio todas estas maniobras, basándose en el razonamiento de que el marxismo únicamente siembra odio entre la gente, mientras que el confucionismo en su versión taiwanesa representa los valores humanos.

Actualmente se considera al islam como una base ideológica que abarca un amplio espectro político, que va desde los seculares socialistas Ba'ats de Irak y Siria, hasta los ayatolás de Irán. En el ámbito cristiano, políticos tan dispares como Pinochet en Chile o la Liga de Socialdemócratas Cristianos en Suecia –sin mencionar a los marxistas que consiguen combinar dos creencias– extraen sustento ideológico de la Biblia. Igualmente, se pueden utilizar extractos seleccionados de los escritos de Confucio, con el fin de justificar sistemas políticos opuestos. Una dictadura comunista monopartidista y el confucionismo pueden convivir de acuerdo a tres dogmas:

El Fenómeno Mandarín: el confucionismo contiene algunas características elitistas que lo hacen atractivo a los funcionarios del partido comunista. El mismo Confucio dijo en una ocasión que se puede convencer a las personas para que sigan el verdadero camino, pero no se puede conseguir que lo comprendan. El entendimiento estaba limitado a una élite cuya función era dirigir a las masas.

La Única Doctrina Verdadera: la tradición confucionista también asume que sólo puede haber una doctrina correcta para la sociedad y su forma de gobierno. La oposición formal y el pluralismo son rechazados como fe-

nómenos indeseables.

Cumplimiento Obligatorio de Instrucciones Autoritarias, Reglas y Ritos: el concepto central de “li” (reglas, ritos y decoro) implica que hay un código colectivo de comportamiento que tiene absoluta prioridad. Este código se apoya tanto en costumbres como en tradiciones, y también en sanciones públicas.

Las exigencias del confucionismo en cuanto a la lealtad al padre, a la familia y al emperador pueden ser, por tanto, fácilmente convertidas a obediencia al partido, al líder y, al país de sus antepasados.

Como consecuencia, Kim II Sung no tuvo problemas para legitimar su tiránico sistema en Corea del Norte y su ideología Juche. También en Corea la lealtad a la familia, al padre y al emperador se han transformado de forma que ahora se refieren al pueblo, al partido y al gran líder.

Por su parte, Lee Kuan Yew explica el milagro económico de Singapur como un sistema meritocrático basado en el confucionismo, que él compara con la democracia occidental. A pesar de que se describe a sí mismo como un socialdemócrata, considera la idea de igualdad como una amenaza. Esto influye especialmente en el sistema educativo: considera la educación liberal, con su énfasis en el pensamiento crítico, como el camino hacia la ruina; los niños aprenden a discutir en vez de adquirir un sentido de disciplina, y el resultado es una sociedad que está condenada a la extinción en un mundo competitivo.

En otra parte del mundo confucionista, los chinos de Hong Kong están demandando un autogobierno democrático previo a su incorporación a la supuesta patria confuciana. Aunque en el continente, en las provincias de Guandong y Fujian y en Shanghai, se imita el éxito económico de la Colonia de la Corona, esto no va a suponer que los chinos confucianos vayan a ser capaces de gobernar un país de mil millones de habitantes como una única entidad en armonía. Por el contrario, es más probable que el resultado sea un agravamiento de las tensiones entre el “semioccidentalizado” Hong Kong, las provincias más avanzadas y Pekín. Todo ello se traducirá no solamente en tendencias centrífugas más fuertes, sino también en que la mayoría de las áreas rurales chinas se quedarán atrás, quizás pareciéndose cada vez más a las partes más pobres del Tercer Mundo en vez de a las florecientes provincias costeras de China.

Una de las cuestiones principales destacadas por Huntington es que ahora podemos ver el nacimiento de un eje o “conexión” confuciano-islámico. “En el futuro inmediato, habrá un foco importante de conflicto entre Occidente y varios Estados islámico-confucianos.”

La única prueba concreta que Huntington aporta para sostener este singular razonamiento es la exportación de armas de Corea del Norte y China a Libia, Irán, Irak y Siria. Estos contactos entre dos dictaduras comunistas y una Libia gobernada según las extrañas teorías “verdes” de Gadafi, que todos los clérigos musulmanes consideran heréticas, o con los dos regímenes Ba’ats de Damasco y Bagdad, secularmente rivales, no son, en absoluto, una expresión de afinidad ideológica o de un complot islámico-confuciano contra Occidente. Es, sencillamente, una cuestión

monetaria.

Además, en la práctica, uno de los mayores problemas internos del Gobierno chino es que el fundamentalismo musulmán podría extenderse a la población uigur de Sinkiang desde su familia turca de Asia central.

Se podría igualmente afirmar, por ejemplo, que las ventas de armas norteamericanas y francesas a Arabia Saudí significan que se está constituyendo una alianza cristiano-islámica.

Por lo tanto, la proposición de Huntington de que existe un conflicto de culturas en el “macronivel” no está sólidamente fundamentada. Por otra parte, inicialmente parece que se mueve en un terreno más firme cuando argumenta que los conflictos en el “micronivel” ocurrirán a lo largo de la “falla” que separa las esferas culturales. La guerra civil de Tayikistán y los conflictos del Cáucaso parecen apoyar claramente esta tesis, y podría ser más aplicable todavía en el caso de la guerra civil en la antigua Yugoslavia, en la cual la primera línea se ajusta en buena medida a la frontera tradicional entre el Imperio Romano oriental y occidental y entre los ortodoxos y los católicos.

Pero estos razonamientos tampoco soportan un examen minucioso. Las civilizaciones no controlan Estados. Por el contrario, los Estados controlan civilizaciones y sólo intervienen en defensa de su propia civilización cuando interesa hacerlo en beneficio del propio Estado.

Es verdad que los rusos justifican su intervención en la guerra civil de Tayikistán sobre la base de que están defendiendo las últimas fronteras del cristianismo. Pero las razones verdaderas son que quieren proteger a la importante minoría rusa de Tayikistán y detener el efecto dominó que tendría el colapso del Estado artificial de Tayikistán en otros Estados recién formados de Asia central, lo que implicaría que las fronteras establecidas por Stalin sobre el principio de “división y gobierno” también se derrumbarían, provocando un caos en las fronteras del corazón de Rusia.

Aunque el pueblo de Tayikistán es de origen persa, Irán ha mantenido una actitud sumamente cautelosa, no sólo aquí, sino en toda Asia central. Teherán jugó la carta de Gorbachov todo el tiempo posible, apostando por la continuidad de la Unión Soviética, ya que Irán dio prioridad a los intereses políticos nacionales frente a las solidaridades religiosas. La situación de Asia central tras el derrumbamiento del Imperio Soviético supone más amenazas que oportunidades para Teherán. Si los sentimientos nacionalistas prevalecen en Asia central, Irán quedará rodeado por un cinturón de habla turca que puede resultar atractivo a los azeríes iraníes y a los turcomanos. Como consecuencia, Irán está interesado en el *statu quo* político en la zona y no tiene intención de participar en una nueva versión del “gran juego” con matices religiosos. En este caso, el factor étnico es más importante que el componente religioso.

Tampoco en el Cáucaso las primeras líneas se corresponden con las “fallas” culturales. En la guerra entre Azerbaiyán y Armenia, Teherán ha tratado de actuar de mediador y ha tendido a apoyar a los armenios cristianos en vez de a los azeríes musulmanes.

En Bosnia, los serbios, como los rusos en Tayikistán, están luchando ac-

tualmente por la cristiandad contra el islam. Es verdad que las guerras en la antigua Yugoslavia se han ajustado a los límites culturales entre el Imperio Romano oriental y occidental y han derivado en una guerra entre ortodoxos y católicos, y entre la ortodoxia, el catolicismo y el islam. Sin embargo, esto es consecuencia, fundamentalmente, del nacionalismo serbio, combinado con la determinación de los jefes del partido comunista de aferrarse al poder a cualquier precio. La ofensiva serbia, pretendiendo establecer una Gran Serbia, estaba dirigida inicialmente contra sus vecinos cristianos, Eslovenia y Croacia. En Bosnia, los musulmanes defienden una filosofía pagana y civilizada, mientras que los serbios ortodoxos se comportan como nacionalistas autistas, demostrando una intolerancia y estrechez de miras comparables a los de los exponentes más fanáticos del nacionalismo islámico.

Asimismo, no hay pruebas de la existencia del bloque eslavo-ortodoxo al que se refiere Huntington. Cuando el primer congreso paneslavo se reunió en Praga en 1848, los delegados tenían que hablar alemán para poder entenderse entre ellos. Los eslavos occidentales no ortodoxos –polacos, checos, eslovacos y eslovenos– nunca han sentido afinidad alguna con Moscú. En la época comunista se consideraban a sí mismos, en palabras de Milan Kundera, como un “país occidental secuestrado”.

En términos religiosos, Rusia, Bielorrusia, Bulgaria, Serbia-Montenegro y la mayor parte de Ucrania y Macedonia pueden ser integrantes del bloque eslavo-ortodoxo de Huntington. Actualmente se está intentando de nuevo, desde ciertos sectores, evocar una imagen de Moscú como “la tercera Roma”, pero al mismo tiempo podemos ver cómo la Iglesia ortodoxa se está “nacionalizando”. La Iglesia de Macedonia, por ejemplo, se ha liberado de la Iglesia serbo-ortodoxa. Esta división también ha causado impacto en el núcleo de Yugoslavia, donde la Iglesia ortodoxa de Montenegro se declaró a sí misma autónoma en noviembre del año pasado.

Si bien es cierto que a la intervención de tropas rusas en Sarajevo –pagadas por Occidente, por añadidura– se le ha dado una interpretación eslavo-ortodoxa en Rusia y Serbia, por razones de política interna, en realidad no es más que una expresión de la ambición de Rusia de volver a desempeñar un papel de gran potencia.

Paradójicamente, en Grecia se está recalando ahora con especial fervor la herencia ortodoxa. En cuanto a la crisis de los Balcanes, se debería considerar que el país presidente de la Unión Europea estuviese en el bloque ortodoxo, en vez de en el grupo de países occidentales, incluso aunque Atenas esté en estado de conflicto abierto con Macedonia, que también es ortodoxa.

¿A dónde pertenece realmente Grecia, cuna de las civilizaciones occidentales? Como consecuencia de su adhesión a la ortodoxia y de su prolongada ocupación otomana islámica, Grecia ha seguido un camino que difiere del de la cultura occidental que se supone que ha creado. La dificultad en trazar límites entre las civilizaciones queda ilustrada incluso con mayor claridad por el hecho de que el mundo árabe y los eruditos musulmanes alimentaron y administraron la herencia de la antigua Grecia, a la que consideramos como la base de la civilización occidental.

Según Huntington, el islam tiene fronteras sangrientas. Esta afirmación no sólo es históricamente falsa, sino que también es peligrosa. Actualmente, son los musulmanes los que están en retirada, ya sean fundamentalistas en Tayikistán, azeríes en el Cáucaso, palestinos, ba'ats iraquíes o musulmanes bosnios. El islam y el cristianismo han convivido juntos durante casi 1.400 años, siempre como vecinos, casi siempre como rivales y demasiadas veces como enemigos. De hecho, se les puede considerar correligionarios, ya que comparten la misma herencia judía, helénica y oriental. Han sido a la vez viejos conocidos y enemigos hereditarios íntimos, y sus conflictos han sido especialmente amargos precisamente por sus orígenes comunes. Ambas partes han estado más divididas por sus similitudes que por sus diferencias.

Como consecuencia, la cultura islámica no es tan extraña como parece vista desde nuestros prejuicios y tópicos. Uno de los mitos más respetados es que Charles Martel, el gobernante de los franceses, salvó a Occidente de la destrucción con su victoria sobre los “sarracenos” en Poitiers en el año 732. Los sarracenos fueron obligados a retroceder por los Pirineos, y volvieron al sur de España, donde existió un Estado musulmán durante casi 800 años. Sin embargo, esta presencia islámica en el continente europeo no acarreó el colapso de la civilización occidental, sino que, por el contrario, condujo a una simbiosis única y fructífera entre el islam, el cristianismo y el judaísmo, y a un irrepetible florecimiento de la ciencia, la filosofía, la cultura y el arte.

Al final de la Edad Media, tanto el islam como el judaísmo eran elementos constitutivos de la formación de Europa. En consecuencia, el islam es a la vez un elemento extraño, originario y, debido a la creciente inmigración, nuevo en la Europa de hoy, que está cada vez más poblada (como la España árabe) por los que entonces se llamaban “enanchiados”, es decir, gente que vivía en una tierra de nadie entre dos culturas. Ya existen más de diez millones de musulmanes en Europa, que irán en aumento debido a la continua inmigración. Las estimaciones del número de musulmanes que habrá en Europa dentro de 25 años van desde 25 a 60 millones. Independientemente de qué cifra demuestre ser cierta, la Unión Europea ya no es concebible sin un componente “islámico verde”. Que sea posible construir el hogar europeo sobre el modelo de la Alhambra, símbolo de la España árabe multicultural, es, por tanto, un aspecto más importante para el futuro de Europa que la efectividad de un mercado único o el establecimiento de un banco central europeo.

Si tomamos la referencia de Huntington sobre las fronteras sangrientas del islam como un hecho inevitable, nunca seremos capaces de integrar a nuestra creciente población musulmana. En ese caso, las profecías de Huntington sobre el choque de civilizaciones pueden hacerse realidad, pero no en forma de una prueba de fuerza militar entre “Occidente y el resto” como él predice. Sería, en cambio, una guerra de guerrillas en nuestros suburbios, a medida que se conviertan en guetos.